

EL EXILIO INTERIOR DE SÁNDOR FERENCZI

Juan Tubert-Oklander

La historia del movimiento psicoanalítico está llena de episodios en los que la expresión de una disidencia llevó a una exclusión implícita o explícita del disidente. Esto equivalía a un “exilio interior”, por el cual el transgresor resultaba desterrado por la comunidad psicoanalítica, perdiendo así todo contacto posible con sus anteriores colegas y amigos. Algunos de ellos, como Jung, optaron por cortar su relación con el psicoanálisis. Otros como Lacan, declararon que ellos eran los únicos verdaderos representantes del pensamiento freudiano. Finalmente, hubo otros, como Ferenczi, que simplemente se marchitaron y murieron. Este trabajo analiza el caso de Sandor Ferenczi, intentando identificar las causas intrapersonales, interpersonales y transpersonales de su exilio.

Mucho se ha escrito acerca de los rasgos autoritarios de la personalidad de Freud y de la infantil exigencia de Ferenczi de recibir atención y reconocimiento por parte de una figura paterna, al mismo tiempo que se rebelaba ante la misma, pero considero que las verdaderas causas eran mucho más profundas. Desde mi punto de vista, el desacuerdo de Ferenczi con Freud no fue fundamentalmente teórico o técnico, sino filosófico y epistemológico. Ambos representaban dos concepciones de mundo diferentes e incompatibles.

El concepto de “concepción del mundo” (*Weltanschauung*, en alemán) puede tener varios significados. A veces se lo utiliza para referirse a un sistema teórico derivado de alguna intuición general sobre la naturaleza del universo, que le sirve como fundamento. Este tipo de concepción del mundo pretende dar respuesta a todos nuestros problemas e inquietudes sobre el mundo y la vida. Cabe señalar que éste es el significado en el que Freud utilizó el término, en su trabajo de 1933 sobre la *Weltanschauung*, en el que afirmaba terminantemente que el psicoanálisis “siendo una ciencia especial, una rama de la Psicología -psicología abisal o psicología de lo inconsciente-, será absolutamente inadecuado para desarrollar una concepción particular del Universo y tendrá que aceptar la de la ciencia”.

Un segundo significado del término es, según Ferrater Mora: “Una visión del mundo que puede incluir elementos de muy diversas clases: resultados científicos, creencias religiosas, intuiciones poéticas, racionalizaciones de hábitos sociales, ideales, aspiraciones, etc.” Éste es el sentido en el que he de utilizarlo en este trabajo. Cabe destacar que este complejo ideativo no contiene sólo descripciones, conceptos y explicaciones, sino también valores, ideales y aspiraciones, los que constituyen una guía para la acción en la vida.

Reyna Hernández de Tubert ha planteado, en varios trabajos, la hipótesis de que toda nuestra experiencia y conocimiento del mundo se basa en el conjunto de presuposiciones, creencias y valores que constituye nuestra concepción del mundo. Ésta es una estructura psicológica real, en su mayor parte inconsciente, no un sistema de pensamiento consciente, y se adquiere a partir de las primeras identificaciones.

La concepción del mundo es una estructura a la vez personal y colectiva. Se deriva tanto de las primeras experiencias del individuo, vividas en el seno de la familia, como del entorno social e institucional en el que se forma y posteriormente vive. Por lo tanto, la organización mental de una persona lleva siempre la marca de la concepción del mundo propia de la cultura y la sociedad que le dieron origen.

Dado que la mayor parte de la concepción del mundo es inconsciente, obedece a las leyes del proceso primario, que permite la coexistencia de ideas mutuamente incompatibles. Por lo tanto dicha visión del mundo no es lógicamente coherente. Incluye una serie de presuposiciones, valores, creencias, códigos de representación y procedimientos, derivados de una serie de identificaciones con los objetos primarios, que manifiestan las contradicciones de estos, así como las de los diversos estados de ánimo en los que se realizaron estas internalizaciones. Por lo tanto, la concepción del mundo no es una estructura meramente representativa, sino que incluye también poderosos elementos emocionales.

Sandor Ferenczi y Sigmund Freud provenían de un medio cultural muy semejante. Ambos eran judíos europeos, de clase media, cultos, con formación médica y científica. Manifestaban, por lo tanto, una firme

creencia en la ciencia como fuente de conocimientos confiables acerca de la realidad. Pero también se encontraban influenciados por el movimiento romántico alemán, con su énfasis en las intensas experiencias emocionales, en la naturaleza, en la intuición, en lo inefable y en lo sobrenatural. Freud desarrolló durante toda su vida una lucha sin cuartel contra este aspecto místico de su personalidad, al que denominaba “el ocultismo”. Ferenczi, por lo contrario, aceptaba mucho más su lado místico y romántico, oscilando entre enormes saltos intuitivos y un riguroso análisis intelectual.

Todos sabemos que Sandor Ferenczi fue el discípulo predilecto de Freud, con quien llevaba una profunda relación emocional, en términos de padre e hijo. El alejamiento entre ellos suele ubicarse a fines de la década de 1920 y comienzo de la siguiente, cuando Ferenczi se declaró partidario de una teoría psicopatológica que atribuía las neurosis a las experiencias traumáticas de la infancia, como consecuencia de situaciones de abuso, maltrato o desamor. Ello lo llevó a importantes modificaciones técnicas, que favorecían una relación más cercana, abierta y afectuosa con los pacientes, lo cual resultaba inaceptable para su maestro.

Sin embargo, los primeros desacuerdos entre Freud y Ferenczi surgieron unos diez años antes, en 1923, cuando Ferenczi y Rank publicaron su libro de técnica *El desarrollo del psicoanálisis*, en el que enfatizaban los aspectos terapéuticos y emocionales del tratamiento analítico. En particular, afirmaban que la única fuente posible de convicción, tanto para el paciente como para el analista, respecto de los hallazgos de un análisis, consistía en la experiencia emocional allí vivida. Esto los llevó a privilegiar la repetición transferencial, como vía de acceso al inconsciente, en vez del recuerdo y la comprensión intelectual del sentido de los síntomas. Esto lo plantean en los siguientes términos:

En la diferencia que aquí planteamos, entre buscar los recuerdos con el fin de alcanzar los afectos y provocar los afectos al servicio de la develación del inconsciente, podemos ver las causas más profundas por las que el psicoanálisis como ciencia debió primero pasar por una fase de entendimiento, antes de que pudiera llegar a una apreciación plena del factor de la experiencia.

(...) La tendencia, que nosotros también buscamos, de provocar la repetición en la situación analítica, finalmente acaba creando para el paciente nuevos recuerdos (...) que ocupan el lugar de los complejos patológicos aislados del resto del contenido mental (mi traducción).

Este punto de vista no podía dejar de irritar a los primeros psicoanalistas, quienes luchaban por lograr el establecimiento del estatus científico del psicoanálisis, diferenciándose netamente de toda forma de ocultismo. A Freud tampoco le gustó el libro; sin embargo, adoptó una posición más tolerante y conciliadora al respecto, como lo muestra en su carta a Ferenczi del 4 de febrero de 1924. Allí dice:

En cuanto a su esfuerzo para coincidir constantemente conmigo, lo aprecio enormemente como una expresión de su amistad, pero ese objetivo no me parece ni necesario ni fácilmente alcanzable. Sé que no soy muy accesible y me resulta difícil asimilar las ideas ajenas que no van por el mismo camino que las mías. Tardo bastante tiempo en formar un juicio sobre ella, de modo que en el ínterin debo abstenerme de juzgar. Si tuviera usted que esperar tanto en cada ocasión, se acabaría su productividad. Así que ése no es el camino. Me parece fuera de toda duda que ni usted ni Rank abandonarán el terreno del psicoanálisis en sus vuelos independientes. Así, pues, ¿por qué no habían de tener ustedes el derecho de ver si existe una solución por un camino diferente al seguido por mí? Si se extravían al hacerlo, ustedes mismos lo descubrirán antes o después, o yo me tomaré la libertad de señalárselo tan pronto como esté seguro de ello.

Sin embargo, esta razonable actitud por parte de Freud cambió pocos años después, cuando Ferenczi afirmó explícitamente su convicción acerca de la génesis traumática de las neurosis y modificó su técnica para brindar al paciente un resarcimiento actual de los sufrimientos y carencias vividos en la infancia. Esta propuesta apareció por primera vez en su artículo de 1929 “*El niño no deseado y su instinto de muerte*”. En él, Ferenczi mostraba como los niños no deseados se tornaban autodestructivos -tanto en su pensamiento, como en su conducta y en sus síntomas psicósomáticos- y planteaba que la única salida terapéutica para esta grave situación consistía en “*permitirle al paciente que se comportara durante un tiempo como un niño*” (mi traducción).

Lo que Ferenczi estaba proponiendo en este trabajo era una nueva teoría de la curación, basada en lo que luego se conoció con el nombre de “regresión terapéutica”. La idea era cuidar a estos pacientes como

si fueran niños, para permitirles vivir, en la relación con el analista, experiencias emocionales constitutivas que les faltaran durante la infancia. El autor llegaba incluso a afirmar que esta nueva crianza permitiría incluso una transformación del substrato pulsional de la personalidad.

Esto está claro cuando dice: “Por medio de esta tolerancia se le permite al paciente -por primera vez estrictamente hablando- disfrutar de la irresponsabilidad de la infancia, lo cual equivale a introducir impulsos de vida y motivos *positivos* para su existencia posterior” (mi traducción, *itálicas del autor*).

Obviamente, esta propuesta suponía una ruptura significativa con la concepción del ser humano contenida en la teoría pulsional de Freud, para quien las pulsiones eran un fenómeno primario e irreductible, el verdadero núcleo de la vida psíquica. Sin embargo, la divergencia abierta entre ellos surgió a partir de dos puntos, uno teórico y otro técnico. El primero fue el replanteo, por parte de Ferenczi, de las ideas acerca del papel patogénico desempeñado por el abuso sexual de los niños, originalmente propuestas por Freud en 1896, en “*La etiología de la histeria*”. Freud había abandonado su mal llamada “teoría de la seducción”, claramente ambientalista, reemplazándola por las de la sexualidad infantil y el complejo de Edipo. A partir de entonces, la afirmación de la etiología endógena de las neurosis se había transformado, para los primeros psicoanalistas, en el criterio de demarcación entre lo que era psicoanálisis y lo que no lo era. Desde este punto de vista, Ferenczi estaba sufriendo una “regresión teórica”, que lo llevaba a abandonar el camino del psicoanálisis. Una tal desviación en el pensamiento de uno de los más grandes maestros del psicoanálisis sólo podía explicarse como resultado de una enfermedad. De allí surgió el infundio, posteriormente sostenido y publicado por Ernest Jones (1953-57), de que Ferenczi estaba psicótico.

La divergencia sobre la técnica surgía de los intentos de Ferenczi de brindar a sus pacientes en regresión el cariño que les faltara durante su infancia. Esto lo lleva a un contacto físico con ellos, que hacía temer a su maestro una caída en situaciones de *acting out* sexual, sobre todo en la medida en que sus ideas fueran abrazadas por analistas más jóvenes e inexpertos. Así lo expresó, en duros términos, en su famosa carta del 13 de diciembre de 1931, en la que cuestionaba el hecho de que Ferenczi besara a sus pacientes.

Los aspectos más escandalosos de esta discusión ocultaron el hecho de la divergencia era mucho más profunda que lo que Freud llamó, sarcásticamente, “una cuestión menor, un detalle de la técnica”^[1]. Las diferencias entre ambos analistas no eran solamente técnicas, sino también epistemológicas, axiológicas, teóricas, de concepción del ser humano y de experiencia de vida. Comenzaré por esta última, ya que considero que todo pensamiento, todo conocimiento y toda teoría se derivan, necesariamente, de las experiencias vividas, particularmente durante la infancia.

Sigmund Freud era, indiscutiblemente, el hijo favorito de su madre, una madre que era, no obstante, bastante absorbente y posiblemente narcisista. Sin embargo, él adhirió siempre a la visión oficial de la familia, que afirmaba que el amor incondicional de ella hacia él, reprimiendo seguramente sus conflictos con su madre. Jeffrey Rubin sugiere que “su intento de acomodar su confusa y perturbadora relación con su madre lo llevo a un deseo de saber, combinado con un miedo de saber, lo que creo que es un punto ciego del cual el psicoanálisis todavía está recuperándose” (mi traducción). En otras palabras, Freud tendía a negar todas las posibles situaciones de desamor por parte de los padres -muy particularmente, la madre-, con el fin de evitar enfrentar sus propios conflictos con la suya.

Sandor Ferenczi, por lo contrario, siempre sintió que su madre no lo quiso. Precisamente, uno de sus desacuerdos con Freud, durante su análisis con él, derivaba del hecho de que su analista tomó esta creencia como un síntoma, que ocultaba sus verdaderos conflictos internos. Al respecto, escribió lo siguiente, en una carta a Groddeck, fechada el 25 de diciembre de 1921:

No cabe duda de que como niño recibí muy poco amor y demasiada severidad por parte de mi madre. (...) Los sentimientos y las caricias eran desconocidos en nuestra familia. Los sentimientos tales como un modesto respeto por los padres, etc., eran tanto más celosamente cultivados. A partir de una tal educación, ¿qué otra cosa podía resultar que no fuera hipocresía? Lo más importante era mantener las apariencias, para mantener ocultos los “malos hábitos”. En consecuencia, me volví un excelente estudiante y un masturbador secreto (mi traducción).

1.- Masson, J. M. (The Assault on Truth, 1984) analiza en el texto original de la carta en alemán esta frase, que fuera omitida por Jones en su traducción al inglés de la misma.

Sus incansables experimentos con la técnica pueden ser vistos, por lo tanto, como un intento de elaborar la herida emocional que le genera la falta de respuesta de su analista, ya que esta herida reavivaba los antiguos traumas derivados de su relación con su familia de origen. Por otra parte, estas experiencias infantiles lo tornaron exquisitamente sensible ante los sufrimientos vividos por sus pacientes, como consecuencia de situaciones de abuso, maltrato, rechazo, abandono, desamor. Es bien sabido que Freud nunca se sintió del todo médico o terapeuta. Para él, el psicoanálisis era fundamentalmente un método de investigación de lo inconsciente y sus efectos terapéuticos debían considerarse como un subproducto deseable de su verdadera labor. Marialzira Perestrello afirma que “(...) en Freud el *investigador* era lo primordial. El indagador predominaba (...) no había en Freud un *deseo primario* de “hacer algo por aquel paciente”, de “tratar de aminorar su sufrimiento”(mi traducción, itálicas de la autora). Y agrega “contrapongo (aquí) la tendencia epistemofilica a la terapéutica-sacerdotal-reparadora”.

En Ferenczi, por lo contrario, esta última tendencia era lo fundamental. De él dice su discípulo y amigo, Michel Balint que “fue un médico en el mejor y más rico sentido de la palabra. (...) Lo único que podía mantener permanentemente su interés, y en lo que su inquieto espíritu podía hallar reposo, era ayudar, curar. (...) Su única meta, la cual jamás perdía de vista, era aliviar los sufrimientos de las personas mentalmente enfermas” (mi traducción). Por lo tanto, entre Freud y Ferenczi se daba una divergencia fundamental en el terreno de los valores: para el primero de ellos, los valores fundamentales eran el *conocimiento y la verdad*, mientras que para el segundo lo eran la *curación* y, en última instancia, la *felicidad*.

La divergencia epistemológica entre estos dos analistas era igualmente profunda. Freud adhería a lo que él llamaba la “concepción científica del mundo”, a la que definía en los siguientes términos:

(...) la concepción científica del universo (...) acepta (...), desde luego, la unidad [itálicas del autor] de la explicación del Universo, pero sólo como un programa cuya realización está desplazada en el futuro. Aparte de eso, se distingue (de otras concepciones del mundo) por caracteres negativos, por la limitación a lo cognoscible en el presente y por la repulsa de ciertos elementos ajenos a ella. *Afirma que la única fuente de conocimiento del Universo es la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, o sea, lo que llamamos investigación, y niega toda posibilidad de conocimiento por revelación, intuición o adivinación* [Freud, 1933, “Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis”, las itálicas son mías].

Pretendía describir al ser humano en términos “objetivos”, es decir, desde la visión impersonal de un observador externo. Pero todos sus descubrimientos lo llevaban, inevitablemente, a considerar la perceptiva interna de la experiencia subjetiva, lo cual generó inevitablemente un conflicto, ya que esta nueva visión era mucho más afín a la poesía o al misticismo, que al modelo científico al que adhería conscientemente. Esta contradicción puede encontrarse en toda su obra.

Ferenczi, en cambio, no tenía mayores inconvenientes en asumir la perspectiva eminentemente personal de la experiencia subjetiva, y no entraba en conflicto con la dimensión mística de su trabajo. Para él, no había contradicción alguna entre la práctica científica y la indagación de la fenomenología de la experiencia emocional, propia de la práctica analítica. Estaba convencido de que el psicoanálisis era un caso único en el desarrollo de las ciencias, ya que oscilaba entre las perspectivas científicas y psicológica. A esto lo llamó el método “utraquista”. Los utraquistas eran una secta religiosa que insistía en compartir el pan y el vino en la comunión, por lo que Ferenczi utilizó el término para referirse a la investigación psicoanalítica, ya que ésta presentaba siempre dos lados. La teorización psicoanalítica debería oscilar entre el uso de analogías físicas para la mejor comprensión de lo mental, y de analogías psíquicas, para la mejor comprensión de lo físico. Así lo explica en un trabajo de 1926, en el que dice:

Quando (...) intenté esclarecer en forma crítica la forma en que trabaja nuestra ciencia actual, me vi obligado a suponer que, si la ciencia ha de mantenerse realmente objetiva, deberá operar alternativamente como psicología pura y como ciencia natural pura, y deberá verificar tanto nuestra experiencia interna como externa, a través de analogías tomadas de ambos puntos de vista; esto supone una alternancia entre la proyección y la introyección. A esto lo denominé el “utraquismo” de todo trabajo científico verdadero [Ferenczi, 1926 “the problem of acceptance of unpleasant ideas -*Advances in knowledge of the sense of reality*”, mi traducción]

En su concepto de “psicología pura” incluye al conocimiento “por introyección”, es decir, la *empatía*, como una forma de intuición directa de lo psíquico. Esta propuesta entraba en franco conflicto con la postura racionalista y cientificista de Freud.

En cuanto a su concepción del ser humano, las divergencias eran asimismo patentes. Freud pretendía transformar toda nuestra comprensión psicológica del ser humano en una teoría explicativa impersonal, formulada en los términos propios de las ciencias naturales. De allí que postulara la existencia de un “aparato psíquico”, formado por estructuras por sí mismas inertes, que debían ser puestas en movimiento por la acción de una energía psíquica que las activaba. Esto permitiría plantear explicaciones mecánicas e impersonales, afines a las de la física. Por lo tanto, el yo era para él un subsistema del aparato psíquico, una organización de neuronas o representaciones, que se constituían como una estructura funcional, comparable al “homúnculo cerebral” de los anatomistas.

Para Ferenczi, por lo contrario, el yo es una persona total capaz de experimentar, aprender, relacionarse y vivir. Es un *self*, un sujeto que interactúa dialécticamente con los objetos y se conforma a partir de dicha relación. Las pulsiones no serían otra cosa que el aspecto dinámico de la relación, caracterizado por el vínculo emocional. En ello anticipa a los posteriores desarrollos de la teoría de las relaciones objetales.

Resulta llamativo que los protagonistas de esta polémica no identificaran cuán profundas eran realmente sus diferencias. Es posible que el afecto que se tenían los haya llevado a minimizarlas o negarlas, en un intento finalmente fallido de preservar la relación. Pero también hay otra explicación. Los principios fundamentales de nuestra concepción del mundo no son solamente inconscientes, sino que pasan desapercibidos, precisamente porque impregnan toda nuestra experiencia de la realidad. Esto los torna muy difíciles de identificar como presuposiciones o creencias, ya que todo lo que vivimos parece confirmarlas. El resultado es que no las consideramos en absoluto como pensamientos, sino simplemente como “la forma en que son las cosas”. Además, algunas de estas presuposiciones son tan fundamentales para la estructura de nuestros sistemas de pensamiento, que tendemos a defenderlas denodadamente ante cualquier posible cuestionamiento. Resultan, por lo tanto, prácticamente inmodificables por la experiencia y por la discusión racional.

Reyna Hernandez de Tubert ha planteado, en un trabajo presentado en nuestro último Encuentro, realizado en Versalles, la hipótesis de que muchas de las polémicas aparentemente irresolubles entre psicoanalistas se deben a que lo que se está realmente discutiendo no es en absoluto algún punto de la teoría o de la técnica, sino las presuposiciones propias de las concepciones del mundo de quienes en ellas participan. El estudio de la polémica Freud- Ferenczi pareciera confirmar este punto de vista.

Finalmente, existe tal vez otra razón que puede explicar la gran predominancia del pensamiento dogmático en las discusiones entre analistas. El psicoanálisis representa un cuestionamiento de todas nuestras aparentes certidumbres. Ello genera un impacto tan grande para nuestro funcionamiento mental, que todos tendemos a aferrarnos a algunas de ellas, por miedo a volvernos locos, y esto engendra el dogmatismo. La actitud dogmática se deposita a veces en nuestras teorías o rituales técnicos psicoanalíticos preferidos, y otras, en nuestras creencias filosóficas, científicas o ideológicas. En el caso de Ferenczi, su concepción del mundo, del ser humano y de la naturaleza última del psicoanálisis era diferente a las de Freud. Pero tal vez el mayor conflicto con su maestro surgió de su posición epistemológica. Ferenczi reconoció implícitamente en sus escritos que la propia existencia de la indagación psicoanalítica había demolido irremediabilmente la concepción de la ciencia del Siglo XIX, con la cual contaban tanto Freud como él mismo, para encontrar un terreno firme en el cual apoyarse. Ésta ha sido una verdadera situación traumática para sucesivas generaciones de psicoanalistas, de la cual todavía no acabamos de recuperarnos.

Juan Tubert-Oklander

juan_tubert@hotmail.com

<http://www.elsigma.com/historia-viva/el-exilio-interior-de-sandor-ferenczi/2360>

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE